

Escucha, sabrás,
que es tan fino y docil,
que juzgó los espinos
eran las flores.

Por los espinos descalzo
va por amores,
y juzgó que los espinos
eran las flores.

Vencido el trabajo de la nieve y de los espinos, faltaba á el amante Pastor para llegar á la caverna del Gigante, atravesar un dilatado é infructífero desierto á ella vecino, y se dirigió á él apresurado, no sintiendo los trabajos que le prometia su aspereza, (1) penando con las incomodidades, sin las que en la dilación le ofrecía su capacidad con las detenciones; muchos dias anduvo el Zagal por este desierto, y como solo su cuidado fue su avío, padeció en las hambres y en las sedes lo que solo cabia en el sufrimiento de quien amaba. Era el desierto intratable, con que se hacia imposible el alivio en el tormento de lo ardiente de sus sedes, le fue un dia remedio cierta Pastora (2) que halló junto á un pozo sacando agua, bellissima á los ojos, y mas bien parecida á el trabajo. Llegó Damar á pedirla agua; ella pagada de su presencia, y reparando en lo humilde de su vestido, la gentileza de su persona no hizo demérito de lo que era menos, por hacer aprecio de lo que era mas. Picóle el corazon á la Pastora la vista del Zagal, y salvando la memoria de su Amira, la miró inclinado, y sin ser mudable, supo aqui ser amante; tanto sabía. Pasó entre los

(1) La peregrinacion. (2) La Samaritana.

dos un grande coloquio, y era cada palabra de Damar saeta de voz á el corazon de la Pastora, que muy enamorada se apartó de él, conociénle por hijo del Mayor del Olimpo, ó ya por la singularidad de los discursos, ó ya por el agrado de la persona, que á menos ser no podía atribuir tantos muchos; no despidió la Pastora á el afecto con el lugar; antes á todo el afecto, que fue otro, despidió en muchos Pastores, que siendo admitidos de su belleza, quedaron excluidos en su mudanza; jurando sobre la misma piedra de su pozo, la firmeza de su cuidado, que quedó piedra; y me acuerdo de haber oído cantar al suceso esta letra.

Montañesa, que á la fuente fuistes,
como sospecho.

Que truxistes agua en los ojos,
fuego en el pecho.

Quién te trocó en el camino,
Serrana de negros ojos,
pues te conozco solo hoy
por lo que te desconozco?

Como sospecho,
que encontraste tus cuidados
á robarte tus sosiegos.

Si de piedras te fiaste,
oirlo de ellas espero,
porque en secretos de amor,
ni piedras guardan secreto.

Como sospecho,
que lo que fiaste á las piedras
han de venir á romperlo.

Si enmudeces suspirando,
sabidos son tus excesos,

que

que pedir secreto á el ayre,
es querer prender el viento.

Como sospecho,
que has de decir á suspiros,
lo que guardaste á silencios.

Si das tu mal á tu llanto,
mira que en tantos desvelos,
el fiarte del cristal,
es hacer claro el misterio.

Como sospecho,
que por el cristal del llanto
te han de ver los pensamientos.

Si el corazón está herido,
declara sus sentimientos,
porque no hay pecho cerrado,
donde hay corazón abierto.

Como sospecho,
que doliente el corazón,
grite el mal por el remedio.

Montañesa que á la fuente fuistes
como sospecho,
que truxistes el agua en los ojos
fuego en el pecho.

Despedido Damar de la Montañesa, pasó con igual trabajo á tanto sufrimiento, lo que del desierto faltaba; y llegando al pie de la Montaña, último paso á la caverna del Gigante, fue revelada su venida á los Montañeses: entre tantos algunos hubo, que le confesaron por Señor del Olimpo (1) destruccion del Gigante, rescate de la Montaña, que en su vecindad padecía el mas duro cau-

(1) Triunfo de Jerusalén.

tiverio: las voces de éstos fueron incentivo de la envidia de los mas; y cerrando los oídos á la esperanza de la libertad, por no abrir los ojos á la adoracion del libertador, le negaban de hijo del Mayoral, de quien era tradicion práctica, y profecía antigua, había de librar la Montaña de la opresion de la Caverna; y solo le confesaban un hombre digno del castigo de delinquente, por la introduccion que se grangeaba. Asi le negaron el paso á la Caverna, cerrándole las puertas en la Montaña; pero el corazón de Damar, que medía las horas de su estorbo por eternidades en su amor, rompió las puertas, atravesó la Montaña, aventuró la vida. Irritados los Montañeses, á quien la envidia tenía ya enemigos declarados, haciendo infame turba, contra un hombre armado solo de su querer, atrevidos le ultrajaron, osados le afrentaron, crueles le persiguieron, y contumaces le maltrataron (1), siendo tantas las violencias de su ira, que á desperdicios de las venas de Damar, lloró la Montaña arroyos de sangre, lo que en otro tiempo corrientes de plata. Mas el alentado jóven, en tantos pasos de su dolor, no dió uno atrás de su fineza; atravesó constante, y tan contento en derramar su sangre por su amor, que el gusto de la causa, lisonjeaba el dolor de la herida. Seguía á la levantada turba una piadosa muger Montañesa (2), á quien las heridas del jóven pasaban el pecho de compasion; que no hay corazón tan groséro, que no pueda tener una vez de fino: rompió animosa por el villanismo cruel, y llegando á el herido Damar, sacó el velo con garbo, y le limpió la sangre

Q del

(1) Pasion. (2) La Verónica.

del rostro con afecto ; y dexando su beneficio , truxo su toca lienzo de rosas , tesoro de rubíes. A el suceso se me ofrece este concepto , que repito , aunque mal limado.

A el herido Zagal bella Serrana
entre la turba corre con afecto,
que amor en compasion tan soberana
alas puso á sus pies , prision al pecho.
A el herido se llega mas que humana,
y la toca se quita á su respeto,
volante , y corazon le da constante,
acepta el corazon , vuelve el volante.

No pudo estorbar la violencia de tantos la resolucion de uno : asi atravesó Damar la Montaña , rompiendo el pecho entre tantos rigores , y recostado á un árbol (1) , adonde hizo espaldas le dexó el villanismo por muerto ; asi estuvo dos dias , milagros de Damar eterno ; á el tercero se levantó (2) el valeroso jóven; mas al acordarse de quien amaba , encaminó los pasos á los primeros designios , y viendo vencidas las dificultades del camino , midió con los ojos la distancia de la Caverna , mucha para la memoria , poca para la jornada. Asi llegó luego al lóbrego lugar , y á las voces de su aliento acudió el soberbio monstruo , de quien Damar quebrantó las furias , postró el orgullo , reprimió la braveza , y venciólo todo : asi le hizo retirar destruido , para que no se atreviese escarmentado. Entró en la Caverna el lidiador insigne , y sacó de ella

(1) La Cruz. (2) La Resurreccion.

la encerrada prenda. Grande envidia para el Olimpo! Salió la bellísima Serrana , como la perla de lo bruto de la concha , como el Sol del impedimento de las sombras , como la rosa de la prision de los espinos , como el diamante del centro de la tierra (1) , y entre el amante y la amada hubo alto coloquio , donde el agradecimiento tuvo voz para estimar la fineza. Partió luego para el Monte con su Amira el extremoso Damar , como triunfante , pues en su libertad , dexó vencidos los respetos de la grandeza en el Olimpo , los rigores de las nieves en la Sierra , el peligro de los pasos en los espinos , las incomodidades de la peregrinacion en el desierto , las armas de los Montañeses en la Montaña , la braveza del Gigante en la Caverna ; asi entró por el Olimpo á celebrar sus desposorios con Amira , dexando admirados á los de su casa de la fortuna de la Serrana , como de los extremos del Pastor.

Calló la Dama , á quien maravillada de su historia , dixo Preciosa : Bien supo , discreta Dama , satisfacer vuestra noticia á mi curiosidad , asi me confieso á el discurso agradecida y admirada : mucho debió Amira á Damar , creo que no hay Dama , á quien tanto merezca su galan. Ella , respondió la otra , sois vos la que aqui estais , si menos agradecida , tan obligada. Vos sois aquella Serrana tan querida. El Rey , aquel Pastor tan amante. Suponed le debeis en realidad lo que aqui os representé en sombras. El es el Damar , que solo se hizo crédito de su amor ; vos sois la Amira , que le debeis de este amor el crédito , mas solo encuentro aqui una diferencia , que para Amira fueron abiertas

Q 2 las

(1) Rescate de la alma del cautiverio del demonio.

las puertas del Olimpo, y para vos pueden aun quedar cerradas. Dixo la Dama, y volvió la espalda sin esperar mas razon á Preciosa, que quedó á pensar amenaza lo que pareció advertencia. Conocía las faltas de fe para con el Rey, advertia los empeños de la obligacion para con Bienmequiere y Narciso; su razon la tenia corrida, su voluntad la tenia presa: en esta diferencia de afectos encontrados padeció el corazon lo que pagaron los ojos: suspendióse llorosa, á tiempo que voz casual le fue concepto advertido: cantaba descuidado Pastor, y juzgando hablaba con alguna peña, habló asi con sus lágrimas.

Por qué lloras, peña dura,
si no dexas de ser peña,
pues en el cristal del llanto,
se acrisola tu dureza?

En tus lágrimas perdidas
mayor dolor escarmienta,
pues las haces desengaño,
por no mirarlas fineza.

Aquella piedra te dice,
quando muda te contempla,
que á buscar la piedra el llanto,
fuera llanto con ser piedra.

La roca que amor resiste,
¿cómo exemplar no te enseña,
que ella es tema por constante,
y tú constante por tema?

Qué dexas á lo sensible,
á lo insensible que dexas,
si al llorar como quien siente,
estás como quien no pena?

Las lágrimas tus rigores

van

van contando perla á perla,
pues que caen como tuyas,
y las lloras como ajenas.

Díme peña, cómo no
te lastima tu soberbia,
pues pudiera enternecerte,
el ver que no te entenezca?

Responde peña, responde peña,
dí, por qué lloras,
ó por qué no te quiebras,
responde, peña?

Mas ay, que dura al llanto
serás sorda á la quexa,
responde peña,
dí, por qué sientes,
ó dí por qué no sientes,
responde peña?

Mas ay, que á voz de ruego
das oídos de piedra.

Respondiera Preciosa, á no tomar tambien de la peña el quedar muda; asi la halló Delcidia con su compañia de Damas y Princesas, que cuidadosas por faltarles tanto tiempo la buscaban. Poco os debió, dixo Delcidia, mi memoria, pues os busco como fugitiva, y no os halló como acordada. Yo, respondió Preciosa, me quedé presa en la voluntad, con que no podia dexar de volver; hallé una Dama, que me divirtió, y no solo me pudo entretener, sino tambien admirar. Mucha letra sabe ella, respondió la Hermosura, pues supo tanto. Tanta letra sabe, siguió Preciosa, que toda su gala se compone de letras. Ya la conozco, acudió Evida, es una grande bachillera; para poner escuela de niños

no

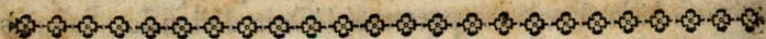
no tiene precio. Apuesto, dixo la Hermosura, que os envia á algun desierto, que ella es muger de grandes consejos, pero yo no la he de dar mucho por ellos. Lo que os contaría de Historias? De esta vez queda apurado el Flos Sanctorum: buena tarde de campo! O eso ó una fiesta Venatoria, adonde se cazen los brutos con las saetas; y los racionales con los ojos, envidias de Venus, glorias de Cupido. Yo sé, dixo Preciosa, que si la Dama no se ausentára, supiera volver por sí, y desvaratar vuestras fantasías con sus eloqüencias. Y qué disculpa nos dareis, dixo Delcidia, de haber hurtado para su conversacion el tiempo que debeis á nuestros ojos? Esa Dama es muy buena para una noche de Invierno, oída á la chimenea, y no para una tarde de Verano escuchada entre las flores. Cierto, dixo Ocia, que la dexára para asar castañas; vos por las castañas, dixo Zefira, y yo por los humos; si vais tomando de la chimenea, dixo la Hermosura, yo quiero el fuego, que aun me falta mucho por abrasar, y dexemos para esta amiga de Preciosa las cenizas, que es muger que sabe sus dichos de *Memento Homo*. A quién daremos la luz, dixo Amante?

La luz, á cudió Luz es mia, que no quiero perder por la persona, lo que me toca para el nombre; con que de la hoguera, dixo Preciosa, no me dexais mas que los tizones. A vos, dixo la Hermosura, os queda en ella vuestra Amiga, contandoos la vida de San Alexo. Aun, dixo Amante, sobran las losas, y el ollin. El ollin, dixo Evida, démosle á Bienmequiere, para hacer de él una máscara, que es hombre que se disfraza con algunas, para valer con todas; ni así, dixo Preciosa, se ha de decir por él, lo que va de lo negro á lo blanco, porque siempre ha de quedar el mismo. Creo, acudió la Hermosura,

surra, que siempre acudía, creo que él no ha de querer ser otro; hará mal, respondió Preciosa con desdén, pues es como qualquiera. Quedo, Señora, dixo Delcidia, que él tiene de mas el saber jugar las saetas, y no errar los tiros. Que le confiese esa singularidad, volvió Preciosa, quien tuviere el pecho herido, que yo no estoy con el corazon doliente. Mirad, dixo la Hermosura, que hay heridas disimuladas, adonde primero es el daño que el dolor, que esa es la malicia del mal. Del mal no, dixo Preciosa, de vos es la malicia; pero hablais como doliente, y yo no quiero responder como sana. No podreis, replicó la Hermosura. Puedo lo que quiero, respondió enfadada Preciosa; pero atajó Ocia diciendo: Señoras no os irriteis apasionadas, que aun las losas están sin dueño. Las losas, dixo Preciosa, dexadlas á Delcidia, que haga de ellas una sepultura para enterrar á los heridos de Bienmequiere, que yo estoy cierta en no tener ahí mi Mausoléo; mas cierta estoy yo, dixo Delcidia, y que por no dexar nada á mi pariente, hasta el ollin repartirán con otro; ese no servia para Narciso, dixo Zefira, que es hombre melindroso, y antes que tiznado en la chimenea se quisiera ver quemado en la hoguera. Lo que yo sé, dixo Delcidia, es que se sabe él abrasar sin melindre. Poco melindrosas estamos nosotras, respondió Preciosa; pues hacemos conversacion, de lo que solo debiamos hacer olvido. Eso es fuerza, dixo la Hermosura, pues no hay en el Mundo cosa que nos merezca plática, y nosotras aun no estamos en el tercer Cielo. Y qué mas Cielo, dixo Zefira, que adonde nosotras estamos, de texas abaxo? Esa es la gloria, de Estrellas arriba no hay conversaciones.

Con la de sus amigas estaba Preciosa bien olvidada de las finezas de Damar, y de los avisos de Cándida,

á tiempo que llegó un page á pedir á Delcidia de parte del Príncipe Sinón, quisiese hallarse con aquellas Princesas y Damas en un sarao, que al dia siguiente hacía en su Palacio. Despidió ella al criado aceptando el convite con consentimiento de todas, y por ser tarde se retiraron á los jardines, y Preciosa ya tan divertida con sus amigas, á quien amaba sumamente, que apenas se acordaba del Pastor amante, ni de las últimas razones de la Dama de las letras verdades de Cándida, y vistas del Palacio, de todo se olvidaba, porque solo de los jardines de Delcidia se acordaba.



PALACIO DE SINON.

CAPITULO XIII.

COMieron las Princesas mas temprano, por no llegar al Palacio de Sinón mas tarde; pero Zefira las hizo detener altiva, mirando nada para su fausto el vasallage de tanta compañía; le parecia corto el número de los criados, la gala en las libreas, el estruendo en las carrozas, y llegó á pedir al Sol su carro, diciendo: que en menos coche no habian de subir los Astros, si bien no les desagradaba tanta estimacion, no les placia tanta detencion; asi la persuadieron, á que no hiciese el dia mas pequeño, por hacer su soberanía mayor, vencieronla, partieron y llegaron al deseado Palacio, donde Sinón y los de su casa las recibieron con mil obsequios, y porque con mas desembarazo lograsen la capacidad de tanto edificio, las dexaron solas, y algunos pa-

pages que las dirigiesen mostrándoles las estancias: discurren las curiosas Damas por las casas, jardines, galerías y miradores, de que se componia el Palacio, cada qual tan entretenida en lo que veía, que apenas unas á otras se hablaron palabra; y despues de visto lo que había que ver, se sentaron á descansar en un salon, que quedaba como separado de los demás. No ví, dixo Zefira, Palacio mas conforme á mi gusto, mas compuesto á mi genio, mas ajustado á mi inclinacion, ni en que haya tanto que admirar. Y vos Señora, qué visteis en él? respondió Ocia. O estais adulando, ó estuvisteis durmiendo; porque yo ví por jardines una poca de tierra, sin mas aliño, ni de la naturaleza, ni del arte (1), ví las galerías dos paredes desnudas; ví las salas unas casas vacías; de los miradores unas vistas simples; en las librerías unos libros en blanco; y sin hallar en él ni lo bueno para el gusto, no os hallo causa para la admiracion; si, y aun para el miedo, que en casas semejantes nunca falta un fantasma, que llene el hueco de todo lo demás; yo con este esperé encontrarme, y solo asi tendría alguna cosa que ver. Vos sois la que gracejais, respondió Zefira, porque yo corrí con vos el mismo Palacio, y ví en las salas las tapicerías de oro, los doséles de bordadura insigne, las almohadas de brocado, los bufetes de plata, los escritorios de china, las alfombras de Tiro, las curiosidades de Ofir, las perlas corrientes á ser rios, los diamantes esparcidos á ser luces; con que pisé luces y diamantes; ví las galerías compuestas de finas pinturas, donde Apeles divinizó el arte en ellas; allí no hallé

sup. oca onllan in sup Ru yon zantun hu
asiv ellal zantidil las no; opqo ab l'ave am noima
o(1) El engaño á cada uno le muestra lo que desea. oq
onl